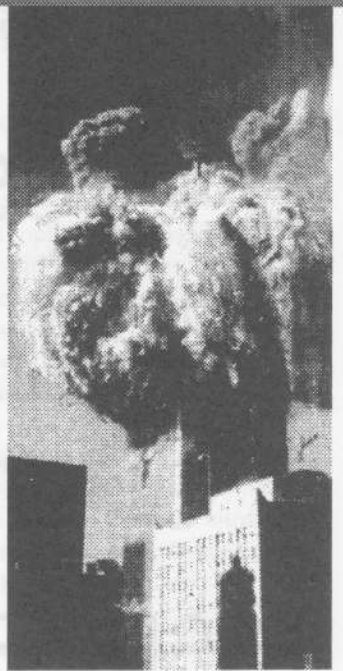


mi casa y yo



Los hechos ocurridos el 11 de setiembre, que terminaron con la destrucción de las dos torres gemelas del WTC y con parte del Pentágono, provocaron muchas e interesantes reflexiones.

En casa, también opinamos, discutimos, conversamos, como mujeres y hombres, como ciudadanos, como italianos y brasileños, como cristianos, como biblistas y estudiosos.

Lo que mas nos llamó la atención fue el significado religioso de este acontecimiento: no hay dudas que los que murieron y mataron otras seis mil personas lo hicieron en nombre de Dios.

Se habló de fanatismo, fundamentalismo religioso y muchas otras cosas. Pero nos impresionó descubrir las páginas con las últimas instrucciones a los que estaban pronto a morir y de dar su vida por una causa que consideraban santa. Fue inmediata, casi instintiva, la comparación con los pedidos y las oraciones de Judih cuando planeaba el asesinato de Holofernes:

"Quiebra su fuerza con tu poder,
aplaca su ímpetu con tu cólera!...
abate su arrogancia por la mano de una mujer" (Jd 9, 8-10)

"Señor, Dios de todo poder!

Mira propicio la obra de mi mano.

Ahora es el momento de socorrer tu herencia,

de realizar mi plan

para derrotar los enemigos que se levantarán en contra nuestra" (Jd 13, 4-5)

Recordamos el testamento de Matatías cuando, en su lecho de muerte, convocaba a sus hijos a luchar contra el imperialismo griego:

Es tiempo de destrucción, de cólera inflamada...

De dar la vida por la alianza de vuestros padres...

No teman las amenazas del pecador

Porque regresará al pueblo de donde vino y su proyecto fracasará...

Reuní en torno de todos ustedes a los que observan la ley

y aseguran... " (1 Mc 3, 3-9)

Y Josué ordenando la destrucción de Jericó -orgullosa de sus muros- y prohibiendo terminantemente su reconstrucción. Y Moises, Débora, Jael, Gedeón, Sansón, el primer "hombre bomba" de la historia de Israel -cuando muere Sansón con todos los filisteos-.

Y ¿qué decir de Elías ordenando degollar 400 sacerdotes de Baal y del Dios de la leve brisa que exige: "Quien escape de la espada de Hazael, será muerto por Jeú y quien escape de la espada de Jeú será muerto por Eliseo" (1 Rs 19, 17)?

¿Como entender las palabras de Esther que, después de un día entero de estermio, pide que el rey autorice a su pueblo continuar matando a sus enemigos?

Una pregunta surgió entonces perturbando nuestra cabeza y nuestro corazón: ahora ¿qué vamos a hacer con estas páginas?

¿Qué hacer con la memoria de la destrucción de la torre de Babel, con los oráculos proféticos contra las naciones, que vaticinan la destrucción de Jerusalem, con las visiones de Daniel viendo una pequeña piedra destruir la estatua de los imperios?

¿Qué hacer con las palabras de Jesús -de ti no quedará piedra sobre piedra-, con el sueño del Apocalipsis al ver a los reyes y mercaderes de la tierra, llorando frente

serviremos a Yavé

al humo de las llamas que devoran Babilonia y diciendo azorados: "Babilonia cayó... ¿qué había de comparable con esta gran ciudad?"

Y vienen a nuestros labios los salmos, tantas veces recitado frente a nuestros mártires, aquellos que fueron sacrificados por los poderosos de turno, molestos por la vida de quienes querían tierra, agua y pan para todos:

"Levanta tu mano, derrumba, castiga, destruye, quíébrale los dientes, que caiga en el pozo que él mismo hace, písalo en el lagar de tu furia..."

¿Esto es fanatismo? ¿Fundamentalismo religioso de un mundo arcaico, primitivo? Son las mismas palabras celebradas hoy por el moderno Israel en su guerra contra los palestinos, son las mismas palabras proclamadas por los protestantes y por los católicos de Irlanda del Norte, quienes hace décadas se destruyen mutuamente, siempre en nombre de Dios. Las mismas palabras de Pedro, el ermitaño, que recorría las tierras de Europa convocando a las cruzadas contra los infieles árabes, gritando "Dios así lo quiere". Las mismas palabras de los obispos que bendicen cañones y armas de los ejércitos en guerra.

Para nosotros, continúan siendo palabra del Señor, palabra de salvación.

Páginas históricas, de nuestra historia, páginas simbólicas que alimentan nuestros sueños y proyectos. No son palabras del pasado, ellas son memoria y proyecto. Precisan, por eso, permanecer en la utopía, en la escatología. Sólo al final -escaton- habrá lugar para ellas, antes no lo tienen -u-topos-.

Querer entender en nuestra cotidianidad lo que es escatológico, lo que es utópico puede haber sido uno de los mayores errores del 11 de setiembre. El mismo error de quien quiere acabar de cualquier forma y de la misma manera el terrorismo: eso también es utópico y escatológico. La misma ilusión de quien espera que el reino de Dios llegue con fuerzas y poderes mesiánicos y no con la fuerza invencible de una semilla, de un grano de mostaza.

Lo cotidiano -nos enseña Jesús- está hecho de maleza y de trigo, de tolerancia, de un sol que nace y una lluvia que cae sobre justos e injustos. Un cotidiano que no invoca el fuego sobre nadie, un cotidiano que está guiado por el perdón, setenta veces siete. Un cotidiano donde crecer en fraternidad.

Sin perder la utopía! Perdonar, dialogar, compartir no puede y no debe ser la disculpa para huir del conflicto, de la persecución, del enfrentamiento, de la cruz.

Mi casa y yo no estamos con Bush y con sus planes de guerra santa en defensa de la civilización occidental, contra el terrorismo.

Mi casa y yo continuamos creyendo que Babilonia, la gran ciudad, debe ser destruída, donde sus edificios caeran, no quedando piedra sobre piedra.

Por eso, mi casa y yo continuaremos andando en contra mano. Continuaremos luchando contra la monocultura del eucalipto y de la soja transgénica, continuaremos luchando contra la contaminación por arsénico de nuestro pueblo y nuestro río, continuaremos luchando contra el latifundio, contra la minería presastoria, contra la privatización de las aguas, contra los falsos planes de reforma agraria, contra las medidas paliativas y cooptadoras de los gobiernos. Contra la corrupción, contra la impunidad, contra la alienación, contra la competitividad, contra la lógica del bien estar a cualquier costo y a costa de los otros.

Continuaremos luchando... no con bombas -lo prometo-, pero no por eso con una menor radicalidad e intensidad. Mi casa y yo serviremos a Javhé!

Sandro Gallazzi
Macapá, Brasil.

